

Fernando Quiñones y la novela del flamenco



Fernando Quiñones, con Camarón y Tomatito. Foto cedida por la Fundación Fernando Quiñones.

Texto: Alejandro Luque

Si Fernando Quiñones hubiera tenido algo más que aquella voz “cortita pero desagradable” con la que gustaba de emular a Aurelio y Curro Dulce, acaso el flamenco habría ganado un voluntarioso intérprete, pero en cambio habría perdido a uno de sus más fervorosos y concienzudos valedores. Por suerte para todos, este gaditano que llegó a cantarle a Picasso en París, y que en vano trató de introducir a Borges en los excesos y misterios de los *soníos negros*, siguió la vocación de la escri-

tura y desoyó la de la música, aunque mantuvo su idilio con el flamenco vivo y ardiente de por vida.

En efecto, Quiñones consagró a este arte algunas de sus mejores páginas y muchísimas horas de devoto estudio. Por eso, causa perplejidad que el décimo aniversario de su muerte, en 2008, pasara desapercibido en el mundo de lo jondo, tan propenso a las efemérides; o que prácticamente nadie se acordara de citar —de reeditar, ni hablamos— una obra como *Antonio Mairena, su obra, su significado* en el centenario del monstruo sevilla-

no del canto. Silencios que, si debidos al descuido o la ignorancia, se antojan clamorosos y llaman a la rectificación.

Es obvio, y digno de ser celebrado, que eso que podríamos llamar las ciencias del flamenco se hayan potenciado y desarrollado de un modo extraordinario en las dos últimas décadas. Pero muy ingratos, e insensatos, habrían de ser los estudiosos y aficionados de hoy si despreciaran el admirable esfuerzo que algunos poetas —desde Félix Grande a José Manuel Caballero Bonald, pasando por Manuel Ríos Ruiz, José María Velázquez-Gaztelu o



En la I Semana de Estudios Flamencos. Marbella (Málaga), 1983. FOTO: Cedida por la Fundación Fernando Quiñones.

el propio Quiñones— hicieron por dignificar y difundir el arte bajoandaluz, en un tiempo en que éste yacía aún bajo el peso de los más nocivos estereotipos, arrinconado en los sótanos de la cultura española.

No resulta fácil resumir el largo romance que mantuvo Fernando Quiñones con la música de sus amores. Sí que conservamos, de su puño y letra, un hermoso testimonio expresionista donde desvela el germen de su afición: “...No dejar de seguir acudiendo, igual que en un hechizo y con el babi escolar muchas veces, al reclamo callejero de cualquier cante en vivo o altavoceado por los amplificadores de La Machina y de La Bella Sirena, de cualquier bulla de cante y baile irrumpiendo en una esquina, desde el fondo salitroso de algún añejo reservado de taberna o en un coche de caballo al

paso, en aquel Cádiz entonces plagado, conmovido, lleno de palmas, voces flamencas y desplantes de bulería a cualquier hora del día o de la noche, porque el pueblo, y hasta los señores, no tenían otra cosa”.

Sería solo cuestión de tiempo que aquellos gozos infantiles cristalizaran en la dedicación rigurosa y profesionalizada, y que ésta quedara recogida en preciosos documentos. Una somera aproximación al Quiñones flamenco llevaría, por ejemplo, a recordar aquel programa de la segunda cadena de TVE, sencillamente titulado *Flamenco* (1975), que el gaditano presentó y produjo. Dos años largos en antena acreditan por sí solos el éxito de la empresa: más de un centenar de programas por los que desfiló la flor y la nata del cante, el baile y el toque, y cuyo rescate sería hoy tan conveniente como

el de la histórica serie *Rito y geografía del cante*, con la que también colaboró.

Asimismo, deberíamos tener presente el valor flamencológico avant la lettre de un ensayo como *De Cádiz y sus cantes* (1964), argumento pionero a favor de la influencia de moriscos y negros en la génesis de la música flamenca; o de *El flamenco, vida y muerte* (1970), donde Quiñones desarrolla prolijamente sus ideas en torno al duende y el *tarad*; así como otros títulos de desigual enjundia: *El flamenco* (1985), la mencionada biografía de Mairena (1989) o *¿Qué es el flamenco?* (1991).

Sin embargo, habría que poner de relieve en este breve recordatorio algo más que el aspecto puramente divulgativo de estas obras, que acaso algunos especialistas den hoy por su-

Con Fosforito y Antonio y Curro Mairena, en Málaga en 1972, y en Televisión Española en 1977. FOTOS: Cedidas por la Fundación Fernando Quiñones.



peradas merced a los nuevos bríos investigadores. En concreto, resaltar el valor literario de todas ellas como un patrimonio digno de la mayor estima y cuidado. Porque el flamenco, que según el adagio se canta con faltas de ortografía, ha estado desde antiguo vinculado a la palabra bien dicha y mejor escrita, como sucede también con el universo taurino. Y ahí marcó Quiñones picos difícilmente alcanzables. En su prosa, la sonoridad, la pulcritud y la elegancia, lejos de estorbar a la erudición, la hacen más asequible y gustosa.

Pensemos en la cantidad de biógrafos y analistas que han tenido las grandes figuras de todos los tiempos, y qué pocos han sabido retratarlas con la mezcla de precisión y exuberancia que despliega Quiñones. Hay en sus descripciones una riqueza de matices que excede los límites de la flamenología al uso, un plus de precisión al que solo llega la literatura pura, y que sitúa al lector directamente ante el personaje. Por ejemplo, en su retrato de un malgeniado Manolo Caracol, se pregunta: “¿Cómo era posible que llegara a conmovernos aquel montón de carne con ojos, su impresentable suma de burricie y bronquedad?”.

Otras veces atina como pocos en las claves para poner nombre a lo inefable. Así, a Antonio Mairena, a quien consideraba “Sumo Pontífice del Cante”, lo compara favorablemente con otros monstruos del cante con esta rotunda lógica: “En casi todos ellos, la mayor tensión emotiva del oyente se produce por ráfagas; en Mairena, por continuidad, por insistencia”.

A Diego del Gastor, al que encontraría un aire con el mismísimo Bertrand Russell, no lo habrían retratado mejor Rembrandt o Velázquez: “Bien metido en años, muy esbelto y derecho en su traje negro, el empaque y la cabellera blanca, los ojos raudos y, sobre todo, la sencilla, elegante ponderación tocada de una afectividad discreta”. Y, por abreviar el capítulo de leyendas tratadas y retratadas por Quiñones, quedémonos con la comparación de Carmen Amaya con Mozart, Van Gogh y Schubert, “gente toda ella que, en vez de poseer el arte, se diría poseída, arrollada por él. De antemano y hasta extremos de una gloriosa indefensión”. ¿Existe alguien hoy, en la moderna flamenología, capaz de poner el idioma al servicio de tan hermosa elocuencia?

Pero hay mucho más. Incontables

artículos en prensa, múltiples coloquios y conferencias, presencia regular y desinteresada en peñas y festivales de toda España, e incluso una gira por siete países sudamericanos en compañía de Félix Grande, hacia 1973, en la que ambos escritores disertaron sobre flamenco e ilustraron ellos mismos sus lecciones, Quiñones al cante y Grande al toque. Obligado sería recordar también aquel reivindicativo montaje teatral de su autoría, *Andalucía en pie* (1980), que reunió bajo la dirección de José Tamayo a Fosforito, Chiquetete y La Susi; o piezas de pretexto o trasfondo flamenco, como *El testigo* –cuyo protagonista, Miguel Pantalón, forma parte ya de la galería de inolvidables de la narrativa española del siglo XX– o *El baile*, el relato que dedicó a su compadre, el bailar cojo Juan Farina.

En esas ficciones, Quiñones pone de manifiesto un profundo conocimiento de la dimensión humana de este arte, de todo lo festivo y lo trágico que puede contener un quejío. “Apagaba tanto la voz que llegaba a callarse”, decía uno de sus personajes, “y eso era un silencio más relleno de música que tó lo de antes y lo de después, como si dejara un sitito en



el cante para que los demás pusieran ahí lo que cada uno quisiera poner, o como si él dijera sin decirlo: *No sigo porque ya no me cabe*. Y agregaba a continuación: “A mí era como si me tirara suavito de las costillas con una sogá, el hijoputa suavito pero que no había quien parara la sogá. Como te lo estoy diciendo”.

No obstante, donde tal vez alcance Quiñones su máxima altura como escritor de lo flamenco sea en el siempre difícil terreno de la poesía, esas arenas movedizas donde tantos otros se ahogan lastrados por la demasiada afectación, la retórica gastada o el mal oído. Aunque la cumbre de esta producción son sus *Poemas flamencos y un relato de lo mismo* (1983), el tema de lo jondo aflora desde sus primeros libros. A veces, como un brote silvestre, espontáneo, como la memorable narración en verso de la visita que hicieron con un equipo de grabación al cantaor Manolito de María en Alcalá de Guadaíra, presumiblemente para el *Archivo del Cante Flamenco*, y que queda recogida en sus *Crónicas americanas* (1973): “Sacudía la voz a sabanazos/ o la abrigaba/ un instante después como a un pájaro enfermo/ amasando gracia y dolor”.

Tal vez sea en su *Oda al cante*, incluida en el poemario primerizo *Retratos violentos* (1963), donde despliegue Quiñones una mayor ambición a la hora de condensar y plasmar sobre el papel mudo la clamorosa magnificiencia del arte de Pastora Pavón y El Mellizo. “Crece un cante en la noche y entonces todo calla,/ todo vuelve al origen de la tierra,/ regresamos al seno de la sangre y llegamos/ a llanuras inéditas y abismos escondidos”. Y añadirá más adelante, con una conmovedora mezcla de júbilo y de dolor: “Yo no sé lo que tiene un cante como un tiro/ recibido en el pecho de parte de la vida,/ no sé si es soportable tanta súbita luz,/ si tanta y tan quemada verdad puede cantarse...”.

Aunque fallecido en 1998, Fernando Quiñones había empezado tiempo atrás a alejarse discreta, prudentemente de los predios del flamenco. Un año antes de su desaparición, confesaba en una entrevista: “Lo tengo bastante dejado porque es muy devorador, muy nocturno, muy alcohólico y, sobre todo, porque cumplí con él”. Una verdad irrefutable que a duras penas encubre otra cuestión: la consciencia del escritor de haber vivido el final de una era, y conocido a sus más altos

artífices, y un fuerte decaimiento de su interés por seguir leyendo su historia. “El flamenco es una larga, complicada novela”, decía. “Un novelario que da comienzo hace siglos; quién sabe a ciencia cierta cuántos, y de la que sospecho seriamente se estén escribiendo ahora sus capítulos finales”.

La continuidad del flamenco la confiaba Quiñones a la búsqueda de nuevos caminos “que descongelen y aumenten el acervo de las variantes melódicas, sin sacarlas de quicio ni falsearlas”. En todo caso, cuando especulaba sobre la renovación de lo jondo, lo hacía a sabiendas de que su tiempo, el que iba del compás de La Perla a los ecos moriscos de José Menese, y del magma desbordante de Fernando Terremoto a las no menos ígneas efusiones de Camarón, estaba llegando a su ocaso. El futuro era de otros: Quiñones, él lo sabía, ya había cumplido. ¿Cumplirá ahora el flamenco con Quiñones? ¿Sabrá darle su sitio? ¿Alcanzará a administrar tanta lúcida afición, tanta indesmayable curiosidad, tanta y tan entusiasta sabiduría?